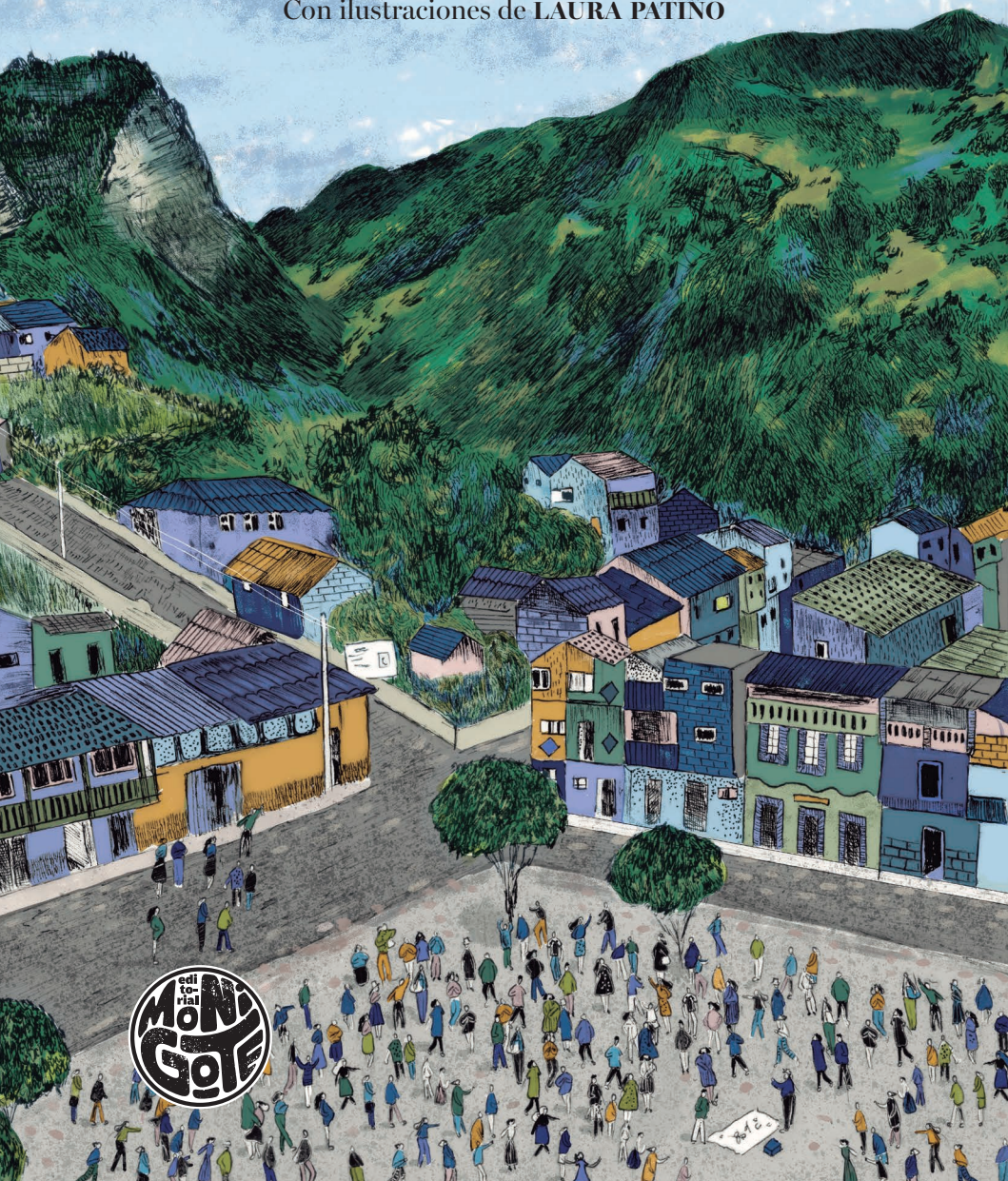


ZUÉ LORENZO COBARÍA

# La mamá de la lluvia

y otros cuentos de Güicán de la Sierra

Con ilustraciones de LAURA PATIÑO



Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Cobaría, Zué Lorenzo, autor

La mamá de la lluvia y otros cuentos de Güicán de la Sierra / Zué Lorenzo Cobaría ; con ilustraciones de Laura Patiño -- Primera edición -- Bogotá : Editorial Monigote, 2023.

152 páginas.

Incluye datos curriculares del autor e ilustrador.

ISBN 978-628-95240-3-1

1. Cuentos colombianos - Siglo XXI I. Patiño, Laura, ilustradora

CDD: C6863.5 ed. 23

CO-BoBN-a1112424

Primera edición, abril de 2023

© 2023 Zué Lorenzo Cobaría, texto

© 2023 Laura Patiño, ilustraciones

© 2023 Editorial Monigote S. A. S., de esta edición

Bogotá, Colombia

[www.editorialmonigote.com](http://www.editorialmonigote.com)

[contacto@editorialmonigote.com](mailto:contacto@editorialmonigote.com)

Edición: Mauricio Gaviria Carvajal

Corrección de estilo: Gustavo Patiño Díaz

Diseño: Martha Cadena

Impresión: Panamericana Formas e Impresos

ISBN 978-628-95240-3-1

Está prohibida la transmisión y la reproducción parcial o total de este libro, en cualquier forma y en cualquier medio, sin permiso escrito de los titulares del copyright. Todos los derechos reservados.

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

ZUÉ LORENZO COBARÍA

# La mamá de la lluvia

y otros cuentos de Güicán de la Sierra

Con ilustraciones de LAURA PATIÑO





# Índice

Prólogo ,	7
Marcelina y el caballo blanco,	13
El Agualongo,	27
La mamá de la lluvia,	47
El púlpito del diablo,	59
La laguna del silencio,	71
El gallo de Juan Paramero,	89
El paso de Malpaso,	107
La sonajera de aldabas,	123
Glosario,	147



# Prólogo





**ADRIANA CAMPOS-UMBARILA<sup>1</sup>**

En estas conversas, cuenterías y recuerdos, Rosinda, don Rafa, Marcelina y otros entrañables personajes evocan el sentir y las creencias de quienes habitan la Sierra Nevada de Güicán, el Cocuy y Chita, el mayor glaciar de Colombia, que abarca territorios de Boyacá, Casanare y Arauca. La fuente de estas historias es Güicán de la Sierra, municipio ubicado muy al norte de Boyacá, en las alturas de la cordillera Oriental. Desde allí, estos contadores mantienen en vilo a los lectores con un viaje de suspenso, premonición, prodigios y muerte donde cobran vida múltiples escenarios reales del majestuoso complejo de páramos, como el peñón de los Muertos, el sendero del Malpaso, el boquerón de los Frailes, la vereda La Bricha, el cerro Pan de Azúcar, el alto de los Rayos, el pico de Ortega, el Pulpito del Diablo y otras zonas evitadas o vetadas por agüero, como Sízniga y Zirará. Así también se va tejiendo un intricado mapa simbólico de sitios reverenciados y, a la vez, temidos.

1. Doctora en Literatura de la Universidad de los Andes, profesora e investigadora del Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, Colombia.

*La mamá de la lluvia y otros cuentos de Güicán de la Sierra* contiene extensas y amenas conversas dirigidas por los abuelos y las abuelas, los indiscutibles libros vivos de todas las épocas y regiones. Aquí encontramos palabras de la oralidad campesina con su particular sonoridad y semántica, tal cual son pronunciadas en la ruralidad. Leemos, por ejemplo, *garlar, coscojina, emparaman, tronao, juete, atísbenla o toy marraja*. Y nadie mejor para convidarnos a leerlas que Zué Lorenzo Cobaría, oriundo de Güicán de la Sierra, quien creció escuchando estas cuenterías y ha elaborado esta obra para cumplir con la recomendación de sus ancestros: continuar contando historias antiguas a las nuevas generaciones. En este libro, Zué nos propone su versión literaria de algunos de los muchos cuentos y anécdotas que se vienen narrando oralmente generación tras generación con una y otra variante.

Se trata de historias que muestran la fuerte e íntima relación entre el territorio y sus habitantes, los campesinos del páramo alto andino. Abundan en ellas enseñanzas sobre valores, prácticas, remedios y prohibiciones que tanto lugareños como forasteros deben conocer de la vida en el bello pero indómito y sagrado páramo, todo para aprender a convivir con la constelación de espíritus guardianes y espantos que lo conforman. Desfilan en estas páginas lagunas embrujadas —unas muy bravas y otras mansíticas—, sus guardianas las rizagüías, temidas hilachas de neblina y tormentas repentinas, las ánimas de los suicidas güicanes, la mamá de la lluvia, el misterioso candil, y hasta el mismísimo diablo, así como una serie de personajes de carne y hueso que saben comunicarse con ellos: la curandera del alto del Horcón, Juan Paramero y, aunque no sepamos si creerle o no, el Agualongo. Un escenario literario cobijado siempre bajo el manto de la Virgen Morenita de Güicán, su milagrosa patrona.

Como veremos, desobedecer las advertencias y los consejos de los mayores, o “toriar” o irrespetar al páramo encarnan para los transgresores castigos y peligros reales, como que se los lleve el Patas, se pierdan en la inmensidad de las montañas, o se en-calambren en alguno de sus parajes, a no ser que cuenten con suerte y se sometan a unos buenos juetazos y recuperen así el calor en la sangre y el movimiento de sus piernas para no morir emparamados. De ahí que la advertencia de don Rafa, el experimentado guía que nos lleva hasta la laguna del Silencio, pueda extenderse a todo el universo construido en el libro: «[...] por estos parajes hay que andar con respeto y, en lo posible, en silencio, que es una forma de pedirle permiso a la madre Tierra, para irla conociendo por las buenas y dejar que ella le hable a uno».

Este viaje por la oralidad, la geografía y los seres místicos que habitan en la región de Güicán se fusiona en armonía con las ilustraciones de la artista Laura Patiño. Un deleite visual que nos transporta a la ruralidad del bosque alto andino, que nos transmite el suspenso de varias escenas en uno y otro relato y que nos permite experimentar la majestuosidad de los picos nevados y los parajes sagrados de la Sierra.

Este libro constituye un aporte a la literatura oral del país, otorga vigencia y contemporaneidad a relatos insertos en nuestra realidad y da voz a personajes del campo, como un guía de turismo ecológico, una familia desplazada por la violencia, una posadera que aloja visitantes nacionales y extranjeros, un alcalde incomprendido, un cura que no es ningún santo, un desesperado esposo en busca de esmeraldas y unos altivos galleros. Es un conjunto de relatos que representa las alegrías, las desesperanzas, las problemáticas regionales y los dramas personales que se viven no solo en la mágica tierra de Güicán, sino también en el resto del país.



# Marcelina y el caballo blanco





En una tienda de la esquina de la Leña, fumando tabaco y tomándonos unas buenas cervezas, nos pasamos toda la tarde escuchando y contando historias del páramo. Los papás y los hermanos de misiá Marcelina estaban de visita en el pueblo, pues se cumplía un año de la muerte de su esposo e iban a celebrar una misa en su honor. Yo me encontraba de paso, por las fiestas de la Virgen Morenita, patrona de Güicán de la Sierra. En esos días de febrero, Marcelina seguía en la ardua tarea de terminar las cabañas de la posada Mi Santa Cruz, proyecto que meses atrás había puesto en marcha con su marido para alojar a los turistas que llegaban a conocer las lagunas y el nevado de la Sierra. Tras el horrible accidente en el que él murió, las cosas se le habían complicado a Marcelina. De entre tantas cuenterías, recuerdo bien esta que ella nos relató al final de la velada:

»Una noche, como a los quince días de la muerte de mi esposo, me dio la ventolera de bajar de la posada al pueblo. Me abrigué y así, sin más ni más, arranqué en su viejo *Renó 9*, que de milagro seguía andando. Iba yo bajando con el radio encendido y cómo les parece que cuando pasaba por el peñón de los Muertos se me atravesó un caballo blanco. ¡Menos mal alcancé a frenar en seco! Se me hizo raro ver ese animal por ahí,

porque ese es un paraje de mero bosque y por allá no hay potreros. La luna llena alumbraba la noche y a ese caballo le brillaba el pelo lo más de rebonito. ¡Era muy blanco! ¡Yo nunca había visto un caballo tan blanco! Estaba quieto en medio de la carretera y luego se puso a mover el cuello y la cabeza, mirándome como si quisiera decirme algo. Me dio mucha impresión, lo esquivé despacito y seguí en el carro hacia el pueblo, pero quedé azorada. Tan pronto como llegué a la casa de mi abuelita, le conté lo que había visto en el camino.

»—No se afane, mija. Si vuelve a verlo, convérsele —me dijo.

»—¿De verdad? ¿Y por qué esa recomendación? —le pregunté.

»—Mija, de los viejos, los consejos. Se lo dice esta vieja que ya tiene noventa y pico de abriles bien vividos.

»No le paré bolas, pero, como al mes, ya pardeando la noche, bajé otra vez al pueblo para pasar con ella el fin de semana, y de nuevo me topé con el caballo. No fue en el mismo lugar de la primera vez, sino a la altura de Peñas Blancas, una parte del camino que a mí me da mucha coscojina porque, como sabrán, fue por ese precipicio que se desbarrancó el campero en el que venía mi esposo de las minas.

»Como estábamos desesperados con las deudas de la obra, él se había ido a probar suerte por los cerros de Chiritana y el pico de Ortega, donde, según rumores, había minas llenas de esmeraldas. El pobre estaba convencido de que con una sola que encontrara tendríamos suficiente dinero para cubrir gastos y terminar por lo menos dos de las cabañas, porque ya llegaba diciembre, la temporada buena de turistas. ¡Pero qué va! Después supe por su papá, quien se había ido con él a buscar fortuna, que solo habían encontrado unas morrallas sin valor y que habían salido espantados de allá y con las manos vacías cuando una explosión de dinamita mató a un compañero en lo profundo de la tierra. ¡Ay, Dios, eso fue tragedia tras tragedia!



»En fin, el hecho es que justo en esa parte del camino me encontré por segunda vez con el bendito caballo blanco. Pude verlo con más detalle. Era de veras hermoso, fornido, altotote. No parecía un caballo paramero, porque tenía las crines lisas y cepilladas, igual que la cola, que era larguísima y le ondeaba como trigal en ventisca. Y otra vez estaba ahí, quieto en la orilla, y me estaba mirando, igualito que la vez pasada. Yo quedé apendejada y no le conversé, como me había recomendado mi abuela. Más bien me orillé y pasé otra vez con el carro despacito, rozándole la panza. Y como a los cien metros, apenas salí de una curva, miré por el espejo retrovisor y vi que el caballo me venía siguiendo a trote ligero. Ahí sí aceleré ese traste de cacharro y no volví a mirar hacia atrás sino hasta que llegué al pueblo a toda carrera.

»—No fui capaz de hablarle, abuela —le dije esa misma noche, pasando el susto con unos aguardientes.

»—La tercera es la vencida, hija. Prométame que la próxima vez sí le habla —me dijo.

»—¿Cómo? ¿Y es que sumercé cree que me lo voy a topar de nuevo? —le pregunté.

»—Pues quién sabe, hija.

»Pasaron los meses y se me fue olvidando el asunto, porque ya tenía por costumbre bajar al pueblo una o dos veces a la semana para estarme con mi abuela, y en todo ese tiempo no había vuelto a ver al caballo. Además de esa tristeza tan honda por la partida de mi Santa Cruz, tenía encima el peso de la obra. ¡Esos meses fueron duros! Me había prometido honrar su memoria; haría lo imposible para sacar adelante el hostel. Y así, de a poquitos, le seguí trabajando duro todo el año hasta que a finales de octubre pude tener lista la primera cabaña. Una tarde en que subía del pueblo con baldosas y otros materiales, me detuve a la altura del Mortiñal a recoger unas flores de blanquizeo

y ruda que Bertilda y Bernardino, los cuidaderos de la posada, me habían encargado para ahuyentar a los espíritus. Ellos son bien agüeristas y decían que estaban sintiendo una presencia que merodeaba el terreno por las noches. Tenía ya un buen ramillete en las manos cuando, qué veo, llega a todo galope ese caballo y se detiene en seco apenas me ve, como a tres metros de mí. Estaba cansado, sudaba espuma, resoplaba aire caliente por las narices, taconeaba fuerte el piso y ¡qué susto que me dio cuando al momentico fue que se puso a corcovear y a relinchar! Yo no sabía si era que estaba miedo de mí o si, al contrario, estaba arisco. En un santiamén volví al carro, abrí la puerta, salté al asiento, encendí el motor y me puse a acelerarlo fuerte en neutro, a pitar y a prender y a apagar las luces, a ver si así el caballo se espantaba y se iba. Pero nada, ahí seguía. Menos mal se fue calmando y ya solo me miraba fijamente. Entonces yo también dejé la bulla, respiré profundo y me quedé mirándolo hasta que me acordé de las consejerías de mi abuela. Y aunque no sabía cómo hablarle, al fin me resolví. “Lo que ha de ser que sea”, me dije, apagué el motor, abrí la puerta, me bajé del carro y me le fui acercando despacio, a pasos cortos.

»La noche estaba bien fría, con decirles que llovía escarcha y que el agua que corría por la cuneta del camino se estaba congelando. Cuando lo tuve a unos dos metros, le dije “¿Qué quiere?”. Él se me acercó con paso corto y bajó la cabeza con las orejas inclinadas hacia mí. No iba herrado ni tenía marca de propietario. Lo tuve tan cerquita que me vi reflejada en sus ojazos cafés y ahí supe que era noble e inofensivo, como esos caballos que comen caldo de papas en el mismo plato de su amo. No me aguanté las ganas de tocar esa bellezura de animal. Estiré la mano y lo consentí suavemente, primero en el cuello y luego en el lomo. Yo no sabía qué más decirle, ¡para qué les digo





*Como a ruanas y cobijas  
les tejen urdimbre y trama,  
igual se tejen historias  
sobre la lluvia y su mama.*

9 786289 524031

